

La saudade de los geranios

viernes, 29 de junio de 2007

Modificado el sábado, 30 de junio de 2007

MÁsica de Papagüevos

Por Santiago Gil

Las

calles olí-an siempre a potaje y a sotal. Cada casa proponí-a un viaje gastronómico diferente, y cada vecina limpiaba su trozo de acera como si fuera una parte mÁs del pasillo o del corredor de su propia vivienda. Siempre habí-a alguien baldeando o mandí-ndonos a la otra acera para que no pisí-ramos lo mojado.

La saudade de los geranios

MÁsica de Papagüevos

Santiago Gil

Supongo que uno tambí-ón se va quedando en todo lo que mira. Cada vez que posamos nuestros ojos en cualquier persona o cualquier objeto estamos dejando algo de nosotros. Nunca se puede mirar en vano, ni siquiera cuando perdemos la vista en un programa cutre de televisión o en un soporí-fero partido de fútbol. Nos nutrimos de lo que vemos, de lo que escuchamos y de lo que amamos. Incluso los ciegos imaginan lo que estí-n mirando para hacerse una idea del mundo y para permanecer en lo que perciben. Yo me he quedado siempre en todos los geranios que he ido mirando, pero sobre todo en los geranios del jardín de la casa de mi abuela. Y cuando digo los geranios tambí-ón estoy diciendo los rosales, los nispereros o las flores de mayo. Los geranios, quizÁi por su esplendor sin estridencias, son las flores que mÁs me han recordado siempre a la infancia. Lo mismo que la tierra mojada cuando regá-bamos el jardín con la manguera o el almÁ-bar de los nÁ-speros que comí-amos encaramados en el sÁ-optimo cielo de cualquier nisperero. Uno crece con sus flores, sus plantas y sus Árboles. Y nuestros recuerdos se nutren de sus colores, de sus olores y del aprendizaje que desde niÁ±o nos brindaron con sus ciclos y sus ritmos naturales, con aquÁl ir y venir de lo marchito a lo esplendoroso, de la muerte a la vida, y viceversa. Por eso creemos siempre en los milagros, porque vimos brotar la vida muchas veces donde ya no habí-a mÁs que hojarasca y mala hierba.

Volver a la infancia es recuperar los Árboles y las flores que tení-amos siempre al alcance cuando mirá-bamos hacia arriba o hacia los horizontes. Me reconozco con la mirada perdida en los grandes laureles de indias de la Plaza Grande y de San Roque, y pocas cosas recuerdo tan impactantes como cuando los podaban y perdí-an frondosidad y presencia. Entonces ganaba el cielo azul, pero no era el mismo cielo que nosotros aprendimos a mirar entre las hojas y los troncos de los Árboles. Nos sentí-amos arropados por los laureles, seguros bajo sus sombras y el trinar de miles de pájaros que encontraban refugio en aquella pequeÁ±a selva guiente. Un buen dÁ-a, sin embargo, nos fuimos a recorrer mundo y empezamos a quedamos a la intemperie. Han podido pasar casi treinta aÁ±os sin que nos volvamos a acostar en los bancos de madera de la plaza con los ojos puestos en la impresionante arboleda que filtraba los rayos solares y nos regalaba una sombra impagable en las tardes de verano. Supongo que esos Árboles habrÁn seguido creciendo, y que los habrÁn ido podando cada cierto tiempo. Los que no resistieron el paso del tiempo y la llegada del cemento fueron muchas de las flores y de los Árboles que se aliaban con nuestras aventuras en los alrededores del pueblo. Lo mismo que tampoco aguantaron las selvas de plataneras y los frutales de la Vega, del CallejÁn del Molino o de Las Barreras. Por eso cuando vuelvo evito ciertos lugares. Siempre que miro sÁlo veo las flores sepultadas y los Árboles en los que nos subí-amos a emular a Tom Sawyer y a Huckleberry Finn. Uno quisiera hoy acercarse a los viejos Árboles y a las flores para filosofar con ellos sobre el paso del tiempo, y sobre lo que ese tiempo ha ido haciendo con cada uno de nosotros. Cada hoja de un Árbol, y cada pÁctalo de una flor, posiblemente tenga mÁs mÁrito que todos nosotros. Los miramos con desdÁ-ón, pero detrÁs de cada verde y cada lila o rojo que vemos hay todo un proceso de aprendizaje y subsistencia ante el que tendrí-amos que quitarnos el sombrero todo el rato. Pero el hombre se ha vuelto un prepotente de cuidado, y no se da cuenta que cuando regresa los Árboles, si han logrado mantenerse en pie, siguen siendo mÁs grandes e imponentes que Ál. Por eso no los miramos nunca, o lo hacemos con ese aire de suficiencia que estilamos cuando nos creemos lo mÁs fetí-ón de la creaciÁn. Cierro los ojos y recuerdo cada uno de los geranios rojos que circundaban el pequeÁ±o jardín de la casa de mi abuela en Las Barreras. Me veo sentado en unas piedras lisas debajo del nisperero escuchando a mi abuela desgranar mil historias, siempre sorprendentes, siempre distintas aun siendo las mismas muchas veces, y de fondo recuerdo el agua corriendo por el riego que se llevaba nuestros barquitos de papel y, sin que lo supié-ramos entonces, muchos de nuestros mÁs bellos y sublimes momentos. La existencia tiene esas cosas, que nos descubre los instantes mÁs intensos de nuestra vida cuando ya han pasado delante de nosotros. Por eso hay que estar atentos todo el rato. No es un tÁpico lo del carpe diem de Horacio. Si no andamos con tiento disfrutando cada

momento que tenemos de vida nos estamos jugando nuestros gozos y nuestra razÃ³n de ser. De niÃ±o no tenÃ-amos tan distorsionados los sentidos, y el simple correr del agua del riego valÃ-a para volver inolvidable una tarde. Y tambiÃ©n contÃ¡bamos con la ayuda y la saudade de nuestras abuelas. No era pachorra, era sabidurÃ-a. Lo que siempre se nos ha achacado a los canarios, el bendito aplatanamiento, era una defensa contra la voracidad del tiempo. Lo hacÃ-an todo quedamente, y ese ritmo se transmitÃ-a luego a su cotidianidad. EstÃ¡bamos mÃ¡s cerca de las plantas y de los animales, y tambiÃ©n de la brisa que en la tarde aÃ³n nos sigue acariciando las sienes sin que nos demos cuenta. Volvamos a casa cuanto antes: al brillo intenso de los geranios, a la quietud de las tardes, al silencio. Apaguemos un rato las teles y los ordenadores y levantemos la vista hacia los Ã¡rboles y hacia los horizontes. No dejemos que un ritmo que no nos pertenece nos acabemos suicidando cada uno de nuestros dÃ-as de existencia.

Mayo de 2007.

[IR A LA WEB DE SANTIAGO GIL](#)